

Contra los pastores, contra los rebaños

Albert Libertad

Prólogo, notas y traducción
de Diego L. Sanromán

Delantal del libro, oséase Prólogo, o incluso Advertencia para Incautos

Vivir intensamente, para sí, en el placer sin fin y la conciencia de que lo que vale radicalmente para sí vale para todos. Y por encima de todo, esta ley: «Actúa como si jamás tuviera que existir futuro».

Raoul Vaneigem

NO ES FÁCIL NI grato escribir eso que llaman un prólogo cuando a uno le ronda detrás de la oreja la mosca de la duda de si no será esta una de esas tareas a las que el prologado solía motejar de inútiles y prescindibles. Pues si, en efecto, nos ceñimos al estricto criterio de *monsieur* Joseph Albert, más conocido como Albert Libertad, la función de prologuista es tan hueca e innecesaria como la del *poinçonneur des Lilas* de la canción, la del paseante de perritos caniche o la del Jefe del Estado, si no más. A primera vista, se trata de un oficio que nada tiene de práctico ni agradable, que no «ayuda al desarrollo de nuestros sentidos» —como quería Libertad—, ni tampoco «a la satisfacción de

nuestras necesidades». Ya lo han dicho otros antes, así que también esto sobra: si el libro es bueno, no necesita prólogo porque se basta a sí mismo; y si es malo tampoco, porque el prólogo resultaría redundante; en realidad, están de más libro y proemio. La cuestión, entonces, es: si ni pinchan ni cortan, ni saben ni huelen, ¿para qué prólogo y prologuista? O mejor dicho: ¿para qué un prólogo, para qué un prologuista, en el caso concreto que aquí nos concierne? Después de mucho estrujarme el magín, creo haber encontrado una respuesta que puede servirme de justificación: el prologuista vendría a hacer, en esta ocasión, las veces de un Can Cerbero literario y el prólogo, las veces de una advertencia a los lectores desprevenidos y cándidos. Me explico.

Lo que viene a continuación no es plato de gusto ni materia de cómoda digestión. Al transitar por las páginas que vienen más adelante es muy probable que el susomentado lector se vea zarandeado, zaherido y turbado, y que salga con ardores de estómago y dolor de barriga. Acaso haya entrado aquí con buen ánimo y con la lección aprendida. «¡Albert Libertad! ¡Claro! ¡Cómo no! Un anarquista de los de antaño, ¿verdad?». Si el lector es más o menos correligionario, se dirá: «un viejo ácrata, buena gente. Algo ingenuo, pero de

buen fondo, en todo caso. Y además, firmes defensores de la causa proletaria»; y si llega desde la otra orilla ideológica, más o menos lo mismo. Por eso decía yo que conviene advertirles lo más pronto posible de lo que les espera, que nada tiene que ver, por cierto, con palabras tiernas y amenos paseos. Albert Libertad reparte mandobles a diestra y siniestra, a ricos y a pobres, a los miserables de chistera y leontina y a los miserables de pana y alpargata, y a estos últimos aún con más fiereza si cabe, por su condición de serviles y de consentidores de su lugar subalterno. Que nadie se llame a engaño, pues.

En los textos que podrá leer tras el que ahora tiene ante los ojos, el amable lector o lectora se verá tratado de esclavo, tumbacuartillos, mequetrefe, puta, putañero, meapilas, bofia, guripa, sindicalista, sindicado, madero, gilipollas, acémila, criminal, borracho, lameculos, tuercebotas, besasuelos, mamacallos, patriota, votante, idiota, legalista, honesto, predicador, orador, crédulo, soplagaitas, pusilánime, zolochó, elector, ignorante, siervo, cretino, filibustero, mentecato, miserable, inútil, vendido, comprado, víbora, liendre, sanguijuela, atontado, bautizado, casado, bendecido, mezquino, rastro, entregado, adocenado, tarado, socialista, bellaco, majadero y así otros tantos epítetos, lindezas y doloro-

sas verdades que nadie recibe con gusto y sin protesta en plena jeta. Sepa, en consecuencia, que si sigue avanzando lo hace por su cuenta y riesgo, y no pretenda después pedírselas a quien ya le avisó, o al impresor o al editor de este volumen, que ninguna responsabilidad directa tienen en el asunto. Ahora bien, si a pesar de todo consigue aguantar el envite, es casi seguro que saldrá más lúcido, más curtido y acaso más libre de lo que entró. Tal vez la apuesta merezca la pena.

Huelga decir que los improprios y ataques de Libertad nunca son gratuitos. Si los términos *agitador de conciencias* tienen algún sentido y si hay alguien a quien le queden como de molde, es, sin ningún género de duda, a nuestro autor. Libertad parte de la consideración de que es cosa sabida que el burgués es una sanguijuela miserable; se trata de una evidencia, forma parte del sentido común y hasta del folklore obrero; y por eso no conviene perder demasiado tiempo repitiendo sermón tan manido, que el tiempo no es oro, sino vida, y la vida de suyo breve y preñada de solicitudes fascinantes, y no es cuestión de andar derrochando deseos y energías en lances improductivos que, lejos de hacernos más fuertes, nos debilitan y acaban por convertirnos en pienso para gusanos. Libertad prefiere vivir plenamente, en la medida en que sus fuerzas y el medio —siempre hostil— se lo permitan,

El pueblo se divierte¹⁷

EL OBRERO SALE DE la fábrica apestosa. Es la hora de la liberación. Tras la dura labor, algunos instantes de reposo. Sale, sin duda hastiado, asqueado, en el corazón el odio contra aquellos que lo mantienen así encerrado durante horas para asegurar su lujo.

Pero ¿hacia dónde dirige sus pasos? Sale, va, corre hacia los quioscos de prensa. Una sonrisa de satisfacción se me dibuja en los labios; está hastiado, pero todavía mantiene vivaz en el corazón el orgullo del hombre: allá va a buscar el panfleto, el escrito en términos reivindicativos, con el fin de entrar en comunión de ideas con todos aquellos que sufren, sus hermanos de miseria, los explotados de todos los mundos.

Me aproximo, dispuesto a hablar, a estrechar la mano a ese sufriente cualquiera. *Le Sport*, dice él con voz fuerte y lo abre febrilmente. Pasa las páginas y se

17 7 - 14 de junio de 1898.

va diciendo: «Lo sabía, ha ganado Untel montando a Roi-Soleil». Y este obrero es todos, es el mercenario, el esclavo tipo.

Le Sport, Le Vélo, Les Courses, Paris-Vélo y veinte más, he aquí el panfleto que lee el oprimido, he aquí la alarma de rebelión que resuena en sus oídos.

La plebe romana, en su excesiva miseria, reclamaba «*Panem, Circensens*», pan y juegos, y se rebajaba ante el tirano. España, bajo la dominación clerical, pide a voz en cuello procesiones y ruedos. En Francia, bajo la garra del parlamentarismo más humano... con las bestias, más delicado, el pueblo quiere carreras.

Que estos señores, los esclavos, quieren juguetes, pues sea: los emperadores construían circos, la reina de España está presente en cada nueva corrida, y su excelencia Felisque¹⁸ preside el Gran Premio. Los romanos, los españoles, los franceses le hacen otro agujero al cinturón y se acuestan felices y contentos.

También los explotadores, los burgueses, los sacerdotes piensan que todavía vivirán buenos tiempos en esta tierra, y reeditan aquella frase de los viejos ga-

18 Libertad hace probablemente alusión a la deformación popular del nombre de pila del presidente de la República de la época, Félix Faure.

los: «No tememos nada, salvo que los cielos se nos desplomen sobre la cabeza».

No os fiéis, sin embargo; bajo la engañosa calma del mar, bulle una tormenta. ¿Quién sabe? ¿Quién sabe si, bajo esta aparente tranquilidad, el pueblo, vuestro gran proveedor, no os prepara la última sopa?

Índice

Delantal del libro, oséase Prólogo, o incluso Advertencia para Incautos	7
Contra los pastores, contra los rebaños	33
El pueblo se divierte	35
Obsesión	38
El Verbo	42
Última bondad	47
A nuestros amigos que se detienen	53
A los resignados	61
¡Asombrosa victoria!	67
El Hombre y la masa	73
Número 13	84
El Hombre y la justicia	89
El ganado patriótico	97

¡Abajo la ley!	102
El criminal	107
El ganado electoral	111
Socialismo y anarquismo	117
Impresiones	127
A los reclutas	132
Actividad anarquista	137
El sindicato o la muerte	146
El descanso semanal	153
La alegría de vivir	160
Nuestras voluntades	170
Las rebeliones útiles	175
La libertad	186
El trabajo antisocial y los movimientos útiles	195